

la mera alegoría. Pase cuando el poema todo es alegórico, como una loa y como muchos autos sacramentales. Pero cuando el poema quiere ser viva representación de la realidad, no puede ni debe fundarse en mera alegoría. ¿Cómo saltar á la vida real, representada artísticamente, por obra y gracia de una figura retórica? Don Pablo no se transforma de viejo en mozo, y de mortal en inmortal, ni por medio de brujas, ni por medio de hadas, ni en virtud de la portentosa operación de diablos, de genios ó de dioses conocidos, sino porque dos figuras retóricas, la Muerte y la Inmortalidad, se le aparecen en sueños personificadas, y él elige la Inmortalidad. Estos fantasmas vanos no ejercen poder alguno. La voluntad de don Pablo es el único poder sobrenatural, cuando opta entre los dos fantasmas y lo que representan, y, apenas opta y elige, logra lo que ha elegido. Ni se diga que esto es muy profundo, que esto es muy filosófico, que esto significa que la voluntad humana es la grande y verdadera diosa, taumaturga, hacedora de prodigios; porque, aun dando de barato que Espronceda tuvo tal pensamiento, el pensamiento será muy hondo, pero deja de manifestarse con la suficiente virtud poética para que veamos tan claro el milagro del remozamiento, como, por ejemplo, en Fausto. Así es que, al saltar del canto I al canto III, ó hacedmos un esfuerzo para olvidar el prodigio inverosímil del remozamiento y tomar á Adam por un mozo sin experiencia y por sér vivo, ó seguimos viendo en él un capricho de la fantasía, que casi se evapora, y no tiene, ni con mucho, la personalidad de Fausto ó de Ashavero.

De todos modos *El diablo mundo* es, hasta aquí, de una elevadísima poesía. Desde el tercer canto hasta el final de lo que Espronceda dejó escrito, la obra por el asunto decae demasiado: es como novela de costumbres contemporáneas algo en el género de las de Eugenio Sue, donde figuran presidiarios, bandidos, ramerías y otra gente menuda y perdida; donde son los principales lugares de la escena cárceles, tabernas y lupanares; donde se habla mucho en calor y se dan lecciones dignas de darse en este lenguaje; y donde se cuentan robos y otras cosas por el estilo. Hay, sin embargo, en estos cuatro últimos cantos trozos bellísimos, como ya hemos dicho, aisladamente considerados. Así la pintura de Adam al parecer convertido en mozo; la de su primera union amorosa con la Salada; todo el diálogo de la Salada y de Adam, en la habitación de esta, cuando Adam le refiere el sueño que ha tenido; y no pequeña parte de la descripción del palacio de la condesa de Alcira; de ella misma; de las impresiones que recibe Adam al ver todo aquello, cuando va á robar con los bandidos; y de su súbita resolución, puesta por obra, de defender tan generosa y eficazmente á la dama, contra la cual había ido, sin plena conciencia, á cometer los mayores delitos.

*El diablo mundo*, además, está lleno de digresiones y de disertaciones y genialidades, por el estilo de las del *Don Juan* de Byron, que interrumpen la narración y en cierto modo la adornan y sazonan. También en estas digresiones hay á veces no poco que alabar. Ya son graciosos epigramas, ya discursos semi-cómicos, ya pensamientos ó meditaciones de alto vuelo. Los chistes y la gracia abundan allí, como, por ejemplo, en aquel adiós que da el poeta á la juventud y á los amores, cuando advierte, una mañana al afeitarse, que tiene ya muchas canas.

Hemos dicho, con sinceridad, lo que de Espronceda pensamos. De todas nuestras parciales observaciones, si se suman y combinan, se verá que es mas lo favorable que lo adverso. Espronceda fué un gran poeta, á pesar de todas sus faltas.

Nos hemos detenido, mas quizá de lo que conviene en una historia general, al hablar de la poesía, en este período, porque en este arte, y no en las ciencias, se mostró entonces mas lozano el ingenio español, y porque además aquella fermentación poética influyó en la revolución refrenándola y aun haciendo que su corriente retrocediese. Los mismos hombres que en la vida práctica eran progresistas é incrédulos, no bien se ponían á escribir versos, se convertían en reaccionarios y creyentes. Muchas causas contribuían á esto, no siendo la menor la consideración de nuestra grandeza nacional cuando teníamos Inquisición y fanatismo, y de nuestra postración, á pesar de la libertad política y de cierta tolerancia religiosa y

filosófica. Sin duda que el raciocinio era sofisticado. La postración había venido con absolutismo y fanatismo; y, en pocos años, y estos de guerra civil, no era fácil levantarse de aquella postración, de la cual, así como de la misma guerra, el absolutismo y el fanatismo habían sido gérmen y causa. Pero la pasión no raciocina; se deja llevar de un ímpetu ciego; y con ese ímpetu, con el amor de la patria, volvíamos los ojos á lo pasado. Tal vez sospechaban muchos que el espíritu, las ideas, las afirmaciones y teorías en que se funda la civilización novísima, tenían algo de perjudicial á nuestro sér: hacían la gloria y la pujanza de otros pueblos y á nosotros nos rebajaban. Ello es que, fuera por lo que fuera, desde las odas de Quintana, que si bien vivía callaba, apenas, hasta 1844, hay una sola alta composición poética con sentido liberal y progresista. La mejor, escrita con este sentido, era también de Espronceda, *Al Dos de Mayo*; pero escrita, no con desinterés estético, sino con la intención de promover un motín, tiene algo de artículo de fondo rimado. Quintana seguía siendo, pues, el único gran poeta liberal progresista. El había hecho de Felipe II el tipo de la tiranía, causa principal de nuestra decadencia; y lo había hecho cuando aun había gobierno absoluto. En el período de libertad, quizá por gusto de ser de oposición y de mostrarse mal avenidos con lo presente, los poetas trataron de realzar lo pasado, y, como su momento mas dichoso para España, el reinado de Felipe II, á quien presentaron como un gran rey, centro, promovedor, y casi autor de nuestras mayores glorias. Nadie hizo mejor esta semi-apoteosis, que un ilustre prócer, poeta elegantísimo, en una composición premiada en 1842 por el Liceo de Madrid. *La muerte de Felipe II* del duque de Frias es la brillante respuesta dada á *El Panteon del Escorial* de Quintana. Y á la verdad que, si hemos de juzgar por la magnificencia y corrección del lenguaje, por la gallardía del estilo y hasta por el entusiasmo y el estro, la defensa del Rey Prudente no es inferior al ataque. Y no se diga que un duque había de ser conservador y hasta retrógrado. El de Frias se había mostrado muy liberal en todos los actos de su vida. Hasta como poeta lo había sido en sus primeros años, siguiendo de cerca á Quintana. Como Quintana, había el duque prorumpido en rítmicas alabanzas á los progresos del espíritu humano y había ensalzado á los egregios pensadores que rompen los férreos grillos del terror y dan libertad al pensamiento: á Newton, á Locke y á Condillac, y hasta á Herder y á Kant, sabios y filósofos estos últimos, que, en 1807, año en que el poeta los nombra, apenas serían conocidos en España de otra persona mas que de él, que era sumamente ilustrado.

Grandes faltas hubo de cometer el partido progresista para que tantos de los que pensaban y sentían altamente se hicieran retrógrados; cierta rusticidad espartana ó pseudo-espartana hubieron de mostrar para que las personas mas cultas se inclinaban al moderantismo: y acaso hicieron gala de un menosprecio injusto y nacido de ignorancia por nuestras glorias pasadas, para que, en nombre del amor patrio y de esto que se llama *españolismo*, rayasen á veces en antiliberales no pocos que en realidad no lo eran y que nunca lo habían sido. Ello es que ocurría algo de contradictorio. Los partidos mas liberales y que se llamaban progresistas se habían quedado en el año de 1812: si tenían algun fundamento filosófico, era el enciclopedismo y el sensualismo francés del siglo XVIII: su núcleo estaba compuesto de los *doceañistas*: mientras que en los moderados parecía haber mas progreso: ya seguían el doctrinarismo y el eclecticismo francés de Guizot y de Cousin, ya empezaban también á prendarse del tradicionalismo de Bonald y De Maistre.

El duque de Frias, sin embargo, fué muy liberal cuando mas convenia y cuando mas difícil era serlo. En 1834 escribió un soneto en alabanza del siglo XIX, poniéndole por cima de todos los siglos; y hasta en 1829, cuando Fernando VII iba á dar la amnistía, al celebrar su casamiento con María Cristina, el poeta, aunque mitigándolo con una elegante lisonja á dicha augusta señora, se atreve á recordar al tirano las víctimas que había hecho bajar al sepulcro y cuyas sombras solo por milagro podían ser aplacadas.

También en un poema, titulado *Nuestro siglo* y de que solo

queda el comienzo, muestra el duque, á par de sus sentimientos de hidalga lealtad al monarca, su espíritu liberal, exclamando, al hablar de su época:

Tuyo mi número es, tuya mi lira,  
Puesto que es tuyo el agitado aliento  
Que mi existencia atónita respira:

y no peca por cierto de lisonjero, sino de muy atrevido y lleno de merecida severidad, cuando recuerda á Fernando VII lo que ha hecho la nación de sacrificios y lo que ha vertido de sangre por conservar el abandonado trono, y luego añade:

Mas quizá la futura  
Generación, contando  
Por los sucesos de amargura y gloria  
La duración de tu agitado mando,  
En el lejano tiempo venidero  
Juzgará que reinaste un siglo entero.

¿Cómo negar que muchos dejaron de ser liberales porque así les convenia? Pero tales mudanzas podrán explicarse en este ó en aquel individuo por motivos tan ruines. Para explicarlas en grandes agrupaciones, menester es acudir á otras causas. Y sobre las ya mencionadas, debemos contar también la violenta separación de nuestras colonias del continente americano, inevitable sin duda, pero hecha en mala sazón, con ingratitud y con encono, abiertas aun las heridas de la madre patria, recibidas en su heroica lucha contra Napoleon I. Movido el duque por el dolor y el enojo que esta separación é ingratitud le inspiraban, dijo, en 1832, en su oda *A las nobles artes*, los versos mas hermosos que han salido de su lira:

¡Gentes que alzais incógnita bandera  
Contra la madre patria! en vano el mundo  
De Colon, de Cortés y de Pizarro,  
A España intenta arrebatar la gloria  
De haber sido español; jamás las leyes,  
Los ritos y costumbres que guardaron,  
Entre oro y plata y entre aroma y pluma  
Los pueblos de Atahualpa y Motezuma,  
Y vuestros mismos padres derribaron,  
Restablecer podreis: odio, venganza  
Nos jurareis, cual pérfidos hermanos;  
Y ya del indio esclavos ó señores,  
Españoles seréis, no americanos.  
Mas ahora y siempre el argonauta osado,  
Que del mar arrostrare los furores,  
Al arrojar el áncora pesada  
En las playas antípodas distantes,  
Verá la cruz del Gólgota plantada  
Y escuchará la lengua de Cervantes.

Por las pocas cosas que hemos citado se ve que el duque de Frias era un egregio poeta, si vivo aun hasta 1851, nacido en el movimiento anterior de las ideas de la revolución francesa del siglo XVIII y de nuestra guerra de la independencia. Así Quintana, Lista, Reinoso y otros, que alcanzaron hasta nuestros días, aunque no con la fecundidad y actividad del duque. Así también el despedido contra su patria don José María Blanco (White) y el fecundo don Joaquín Lorenzo de Villanueva, muerto el primero en Liverpool, en 1841, y en Dublin, el segundo, en 1837, y de quienes hablaremos de nuevo cuando nos toque hablar de la ciencia y filosofía españolas.

Pongamos ya punto á esta pintura y larga enumeración de la poesía y de los poetas que mas se hicieron notar del 1834 al 1844.

#### CAPITULO IV

Los periódicos.—Las costumbres.—Los partidos.—La aristocracia.—Relaciones diplomáticas.—Relaciones con Roma.

Toda la fecundidad literaria, de que hemos dado cuenta en los capítulos anteriores, se divulgaba, mas que en libros, en periódicos, de los cuales, en alguno de los últimos años del absolutismo, apenas si llegó á haber media docena en toda España, contando entre ellos la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*. Pero, con la nueva era de libertad, aparecieron en gran número las publicaciones de esta clase, reemplazando los libros, que

pocas personas leían y escribían. Los periódicos literarios fueron bastantes, y algunos de utilidad y mérito. Ya hemos dicho que Carnerero fundó las *Cartas españolas*, en 1831, convertidas en *Revista española* en 1832. Mesonero Romanos fundó, en 1836, el *Semanario pintoresco español*, primer periódico con grabados en madera que ha salido en España y que difundió los conocimientos útiles y el buen gusto literario y artístico, durante mas de veinte años que tuvo de existencia. En él escribieron casi todos los autores que hemos citado ya y muchos otros.

Merecen mentarse también *El Criticon* de don Bartolomé José Gallardo; *El Laberinto*, dirigido por don Antonio Ferrer del Río y don Antonio Flores; *El Artista*, fundado en 1835, ilustrado con litografías de Madrazo y de otros pintores y dibujantes, y donde los maestros del romanticismo sostuvieron su doctrina y dieron ejemplo de ella; *El Pensamiento*, que en 1841 aparece y muere á poco, como fugaz resurrección de *El Artista*; *El Iris*, también de vida corta, nacido y muerto en el mismo año de 1841; *La Revista de España y del Extranjero*, que empezó á principios de 1842 y vivió algunos años, dirigida y casi redactada toda ella, por el infatigable don Fermín Gonzalo Moron; y la *Revista de Madrid*, que empezó en 1838 y vivió menos, aunque en ella insertaron artículos los mas notables escritores de entonces.

Mayor importancia y valer que los periódicos literarios tuvieron los políticos, donde los literatos solían escribir de literatura y no pocos de política también; porque la política daba mas notoriedad y mas prontos y provechosos resultados. Ello es que mas de la mitad de los hombres, que despues han ganado fama en la tribuna y en el foro y han ocupado sillones ministeriales y hasta han sido jefes de partido, empezaron entonces por ser periodistas. En *La Abeja*, en *El Correo nacional* y en *El Piloto*, escribieron don Joaquín Francisco Pacheco, don Juan Bravo Murillo, don José Pérez Hernandez, don Antonio Alcalá Galiano, don Antonio de los Ríos y Rosas, don Juan Donoso Cortés y don Luis Sartorius. Este último personaje empezó á adquirir toda su importancia dirigiendo *El Heraldo*, que apareció á mediados de 1842. La manía de lucirse y de ser muy doctrinales, esto es, de atiborrar los periódicos serios de artículos de fondo, que casi nadie lee nunca y que á menudo no se entienden, hizo que en tan vana tarea se despilfarrase mucho ingenio, sin conseguir con frecuencia sino hacer variaciones sobre el mismo tema ó repetir el mismo pensamiento, dado que algun pensamiento hubiese, de mil maneras distintas. Sin duda, para quitar el empalago de esta seriedad y para dar mas sal y pimienta al periodismo, aparecieron los periódicos satíricos, ó en los mismos periódicos serios hubo su parte satírica, en verso ó en prosa, y casi siempre ofensiva y desvergonzada. No tuvieron, por cierto, mucha moderación en esto los moderados y sus periódicos. *El Mundo* y *La Posdata* fueron dechado de insolencia. En el partido progresista llegaron á señalarse, en este género harto atrevido y peligroso, tres sujetos muy célebres, cada cual por su estilo: el chistosísimo poeta Martínez Villergas; el mas tarde benemérito historiador don Modesto Lafuente, cuyo buen sentido á veces, mezclado con chistes y chocarrerías frías, le hicieron alcanzar una popularidad que pocos han alcanzado y ser amado por el vulgo hasta con delirio, bajo el pseudónimo de Fray Gerundio, título también de su periódico; y, por último, don Luis González Brabo, mas audaz y descompuesto que nadie en los ultrajes que infería, cuando bajo el nombre de Ibrahim Clarete publicaba *El Guirigay*.

La guerra civil, los pronunciamientos frecuentes, las ambiciones solevantadas y todos los casos ocurridos durante la menor edad de Isabel II, no eran por cierto muy á propósito para mejorar las costumbres públicas y privadas, ni para hacer mas grata y mas moral la vida; pero estábamos tan mal, al morir Fernando VII, que bien se puede afirmar que, á pesar de todo, se ganó bastante en los diez años que siguieron á su muerte.

Sin ira ni estudio, ajeno á toda pasión política, como él mismo dice, *casi al borde del sepulcro*, y testigo imparcial de todo, Mesonero Romanos hace una pintura del estado de nuestra sociedad de entonces que inspira mas horror por lo mismo